

EL LIBRO, LA BIBLIOTECA, EL BIBLIOTECARIO

No es empresa demasiado fácil escribir acerca del libro sin incurrir en tópicos. Se han dicho tantas cosas, se ha escuchado y se ha leído tanto acerca del libro, que resulta arduo enfrentarse con el tema. El libro ha desempeñado tal papel en la civilización humana, que serían necesarios infinitos volúmenes para describirlo. No pretendemos, pues, originalidad, sino simplemente hacer un elogio más del libro, trayendo para ello a estas páginas, entre otras cosas, citas de autores ilustres que se han ocupado de él.

Podemos decir del libro—y quizás sea una de sus mayores virtudes—que resuelve maravillosamente ese innato deseo de perpetuación que todo hombre lleva consigo. El tiempo todo lo deshace y todo lo destruye. «Toda la gloria del mundo—dice Ricardo de Bury en su *Filobiblión*—se desvanecería en el olvido, si como remedio no hubiese dado Dios a los mortales el libro». Por los libros nos ponemos en íntima relación con los grandes genios universales. «La lectura de los buenos libros es como una conversación con las gentes más relevantes de los siglos pasados que nos descubren lo mejor de sus pensamientos», dice Descartes en el comienzo de su *Discurso del método*. Y así es: gracias al libro tenemos hoy la posibilidad de leer, de examinar, de reflexionar, sobre todo lo que pensaban, experimentaban y reflexionaban los grandes hombres de la Humanidad, miles de años antes de nuestra vivencia. Puede decirse, pues, en cierto modo, que ya no existe el pasado. La escritura hace presente todo lo que había quedado sumergido en el abismo de los tiempos.

El progreso, la civilización, han convertido al libro, de objeto de lujo, en artículo de primera necesidad, hasta el punto de no concebir la vida sin libros. Pequeño y humilde en su tamaño, pero grande en su eficacia y en su poder, el libro, atravesando fronteras y salvando los siglos, triunfa del tiempo y del espacio y es el remanso suave y acogedor donde todos los hombres se unen con el sutil lazo de las ideas. Los campos todos de la inteligencia humana son elementos propios del libro,

que llega a todas las alturas y sabe de todas las profundidades. Al libro debemos un continuado placer, al propio tiempo vario y constantemente renovado.

Es nuestro mejor amigo. Albert Cim, en su obra *Le livre*, afirma: «El libro ni se esconde, ni disimula, ni tergiversa las verdades que contiene. Para él no hay una estación del año más propicia que otra, ni horas intempestivas; a cualquiera de ellas se entrega, dejándose acariciar o destruir sin quejarse y sin exigirnos nada. Ningún otro amigo verdadero nos aguarda como el libro a todas horas con los brazos abiertos y sin impacientarse jamás». Petrarca, gran apologista del libro, decía algo que puede ser como el resumen de lo que del libro venimos diciendo: «Tengo unos amigos cuya sociedad es deliciosa para mí. Mis libros son gentes de todos los países y de todos los siglos, distinguidos en la guerra, en la magistratura y en las letras, condenados a vivir siempre a mis órdenes. Yo les hago venir cuando quiero, y les dejo a mi voluntad. No tienen jamás mal humor, y responden a todas mis preguntas. Unos desarrollan ante mí todos los acontecimientos de los siglos pasados; otros me revelan los secretos de la Naturaleza. Aquéllos me enseñan a bien vivir y a bien morir; éstos me abren las puertas de todas las artes y de todas las ciencias».

Pasemos ahora a hablar, no del libro en sí, sino de la biblioteca, pues ¿qué es, en suma, una biblioteca, en el más amplio sentido de la palabra, sino un conjunto de libros? ¿Cuál no será la importancia de la biblioteca, siendo tan inmensa la del libro?

Es cosa axiomática que el índice cultural de un pueblo está en razón directa del número de sus escuelas. En España, a pesar del grande, del enorme avance experimentado en este aspecto de algunos años a esta parte, es innegable que no se ha resuelto totalmente el problema, aunque esté en vías de solución. No es labor de un día. Con el plan de creación de 30.000 escuelas más en cinco años, se alcanzará la meta codiciada: es decir, combatir el analfabetismo, mal secular de nuestro país. La cultura ha sido siempre ejecutoria de nobleza de los pueblos. Es ingente la labor cultural desarrollada por nuestro Ministerio de Educación Nacional en los últimos diez años: reedificación de la Ciudad Universitaria, floración de Colegios Mayores, creación de miles de escuelas, dotación a los Institutos de Enseñanza Media de modernos instrumentos de trabajo, fundación de Institutos Laborales, y, como remate y cimera de esta magna obra, ahí tenemos el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, orgullo nuestro y admiración de propios y extraños.

Pero junto a todo esto, sigue vivo y candente el problema de la

biblioteca. El Estado español es ahora cuando empieza a conceder la atención que tan vital y urgente problema requiere. En España, salvo en la región catalana, en donde de antiguo funcionan magníficas bibliotecas y existe una escuela de formación profesional para bibliotecarias, es ahora cuando comienza a crearse ambiente bibliotecario. No podemos incluir entre las bibliotecas a que nos referimos, esos depósitos más o menos grandes de libros que es a lo que por extensión se da el nombre de biblioteca, y que no suele faltar ni en el más insignificante club o sociedad recreativa. Aludimos a una biblioteca dinámica, moderna, dirigida por un bibliotecario amante de su profesión y del libro, que sepa encauzar y dirigir el gusto de sus lectores y que les oriente en sus vacilaciones; en una palabra: que su tarea sea complemento de la enseñanza en todos sus grados.

En pocos años las servidas por el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, han sufrido transformaciones y mejoras que han contribuido notablemente a aumentar el número de sus lectores. Aquellas bibliotecas provinciales enmohecidas y fosilizadas se han rejuvenecido, se han remozado, atrayendo de esta forma a la juventud estudiosa que en otros tiempos no muy lejanos no conocía lo que era una biblioteca viva hasta que frecuentaba las grandes capitales y las aulas universitarias. Y aun las mismas bibliotecas universitarias van experimentando de unos años a esta parte el mismo influjo vivificador de las demás bibliotecas españolas. Se han creado muchas bibliotecas populares en las grandes ciudades y un gran número de municipales. Antes de 1936 funcionaban algunas de éstas, creadas por el entonces Ministerio de Instrucción Pública a través de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros. Estas bibliotecas fueron los primeros pasos para la constitución de los actuales Centros Coordinadores de Bibliotecas, organizados ya en diversas provincias. Estos Centros Coordinadores tienden a constituir una vasta red bibliotecaria que lleve el libro a los más apartados rincones de nuestra Patria. Ahí está el punto neurálgico del problema: bibliotecas populares, bibliotecas municipales, bibliotecas viajeras que depositen la semilla del buen libro en los surcos de nuestros medios rurales. Las bibliotecas de los grandes centros, de las grandes organizaciones, las bibliotecas para eruditos y bibliófilos son muy necesarias, ¡qué duda cabe!; pero si las obras han de comenzarse, como es lógico, por los cimientos, es por las pequeñas, por las humildes bibliotecas por donde hay que comenzar nuestra labor bibliotecaria. Al lema de nuestro insigne Joaquín Costa «despensa y escuela», podemos agregar: «y biblioteca».

Los núcleos rurales están faltos de libros. Si queremos que el agricultor y el ganadero, pilares fundamentales de nuestra economía, saquen

un mayor rendimiento a sus tierras y a su riqueza pecuaria, facilitémosles manuales que les permitan perfeccionar sus métodos de cultivo y crianza. Si queremos que nuestros montes no se despueblen por talas despiadadas, contribuyamos a ello divulgando en esos medios rurales las ventajas que para todos y para todo representa el árbol; más que la palabra, el libro y la revista de temas forestales harán esta benéfica y necesaria labor. Y el artesano, el industrial y el técnico, teniendo a su alcance libros referentes a su oficio o profesión, es indudable que llegarán a producir más y mejor. Pero no es solamente esto lo que en orden a la difusión de la cultura podemos aportar con nuestras pequeñas bibliotecas: hay que proporcionar solaz y entretenimiento a los moradores de los pueblos, más necesitados de libros de este carácter, quizás, que los de la capital, por carecer de otras distracciones. Y si logramos encaminar a estos hombres hacia la biblioteca, poco a poco les haremos sentir gusto por obras de mayor altura. Pero no de pronto: dosificando las lecturas, como diremos luego. Y al propio tiempo que la capital, núcleo central de la red bibliotecaria, expande la cultura hasta los puntos más alejados de la provincia, esta expansión logra establecer más íntimo contacto entre la ciudad y los pueblos, que permitirá a aquélla conocer a fondo las necesidades y las posibilidades actuales o futuras para el desenvolvimiento cultural y espiritual de éstos.

Por todo cuanto venimos diciendo, y a pesar de todo lo hecho, que es mucho, insistimos en decir que en España es vital y urgente el problema de la biblioteca. Dejemos ahora a un lado los medios rurales. Atendamos a nuestras bibliotecas tradicionales: las públicas, las universitarias. Aunque enemigos de estadísticas y de comparaciones, no podemos dejar de consignar que para servir, no ya estas bibliotecas, sino además los archivos y museos de toda España, existen tan sólo 313 técnicos y 125 auxiliares, número totalmente insuficiente para atender las múltiples tareas que tienen a su cargo estos técnicos y auxiliares del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en sus respectivos centros. Con este contingente profesional no pueden cubrirse debidamente ni las de la Biblioteca Nacional. No queremos hablar por demasiado espectaculares de las bibliotecas de los Estados Unidos de Norteamérica (la Pública de Nueva York, por ejemplo, tiene 1.700 empleados). Fijémonos solamente en un país hispanoamericano, y por tanto, afín al nuestro: la República Argentina, con la mitad de población de España (14 millones) y sin un historial bibliográfico de la categoría y cantidad del español, tiene un número de bibliotecarios que asciende a 2.000.

Bien, muy bien, los 55.000 maestros españoles y los que progresivamente han de aumentar con el ya mencionado proyecto de creación

de nuevas escuelas (hemos empezado por decir que consideramos básica la resolución del problema de la escuela), pero tampoco sería pedir demasiado que aumentase también progresivamente el número de bibliotecarios a la par que el de bibliotecas. El acumular servicios en una sola persona significa detrimento en la eficacia de los mismos.

Al hablar de los Centros Coordinadores hemos apuntado ya la importancia y necesidad de la biblioteca. Aun a trueque de pecar de reiterativos, insistimos en ello. Hemos dicho anteriormente que la biblioteca debe ser un complemento de la enseñanza en todos sus grados. Y así es. No es preciso atiborrar la memoria de los alumnos con un fárrago de cosas que luego han de soltar en los exámenes, sino que hay que enseñarles a servirse de los libros, a buscar por sí mismos, a encontrar en los libros lo que ellos ignoran. Por esto, maestros y bibliotecarios, dando a la palabra maestro su acepción más amplia, o sea, todo aquel que enseña y educa, deben andar unidos en esta labor común de orientar y encauzar las lecturas. Aquéllos proporcionan a los alumnos la base de sus conocimientos, pero, si estos alumnos no encuentran una biblioteca en donde trabajar, de poco les servirán los conocimientos adquiridos.

Naturalmente, la misión de la biblioteca para adultos será mejor cumplida, si esos lectores han encontrado en su infancia centros similares en donde poder adquirir una formación literaria y espiritual que les prepare para fines ulteriores. Nos referimos a las bibliotecas infantiles, muy extendidas en algunos países y con un escaso desarrollo en el nuestro. No hay que confundir las bibliotecas infantiles con las escolares, aunque guarden íntima relación. Estas constituyen una parte integrante de la escuela pública: su finalidad es la de iniciar el interés de los niños por las buenas lecturas, a la vez que sirven de ayuda eficaz al maestro. Al hablar de bibliotecas infantiles, nos referimos a organismos anejos a las públicas, instalados en locales apropiados dentro de las mismas bibliotecas o en otros totalmente independientes de aquéllas y al frente de las cuales se encuentra un bibliotecario debidamente especializado. Las bibliotecas infantiles pueden ser un factor decisivo en la educación del niño. Se han dado casos de niños aparentemente torpes a quienes la escuela apenas logró despertar, los cuales, en una biblioteca infantil y mediante la lectura de buenos libros referentes a aquello que más les atrae, han llegado a sentir estímulo por algo, verdadera afición por una cosa determinada, que a veces ha marcado para siempre el rumbo de su vida. Si la biblioteca infantil logra mantener el interés de sus lectores y todas las demás cualidades que ha contribuido a despertar en ellos, es seguro que todo esto persistirá a lo largo de su vida. El niño que en su infancia ha tenido a su alcance una biblioteca infantil, será indudablemente un lector asiduo de las bibliotecas en su edad adulta.

Es fácil comprender que una de las cosas más importantes y de mayor responsabilidad para un bibliotecario consciente de su profesión es la selección de libros adecuados a las necesidades de la biblioteca a su cargo; no es lo mismo seleccionar libros para una biblioteca popular, por ejemplo, que escoger libros para una biblioteca universitaria. Pero aun dentro del tipo de cada una es difícil esta labor, dado el enorme aluvión de libros que hoy día inunda el mercado. Ya en mayo de 1935 José Ortega y Gasset, en el discurso inaugural leído en el Congreso Internacional de Bibliotecarios, decía: «Hay ya demasiados libros... La mera orientación en la bibliografía de un asunto representa hoy para cada autor un esfuerzo considerable, y una vez hecho este esfuerzo, se encuentra con que no puede leer todo lo que debería leer. Esto le lleva a leer de prisa, a leer mal, y además le deja una impresión de impotencia y fracaso, de excepticismo hacia su propia obra. Si cada nueva generación va a seguir acumulando papel impreso en la proporción de las últimas, el problema que plantea el exceso de libros será pavoroso. La cultura que había liberado al hombre de la selva primigenia, le arroja de nuevo en una selva de libros no menos inextricable y ahogadora». Añade después: «Muchos de los libros son inútiles o estúpidos, constituyendo su presencia y conservación un lastre más para la humanidad»... «Pero a la vez ocurre que en toda disciplina se echan de menos con frecuencia ciertos libros cuya falta traba la marcha de la investigación»... «La sobra y la falta de libros—agrega—proceden de lo mismo: que la producción se efectúa sin régimen». Y termina abogando por que el bibliotecario sea encargado por la sociedad de regular la producción del libro a fin de evitar que se publiquen los innecesarios y que, en cambio, no falten los que el sistema de problemas vivos reclaman en cada época.

Si Ortega y Gasset piensa que el bibliotecario puede llevar sobre sí carga tan pesada, no es difícil deducir cuán importante es la misión del bibliotecario, el papel de éste en la biblioteca y el de ésta en la sociedad. El bibliotecario con un gran tacto, con un gran sentido psicológico, orientará al lector no especializado por la selva de los libros, y será el médico, el higienista de sus lecturas. Hay muchos lectores que al entrar en una biblioteca saben perfectamente el libro que desean y que necesitan; pero también hay muchos, infinitamente más que los anteriores, sobre todo en bibliotecas de tipo popular, que no saben lo que quieren; cogen al azar un libro cualquiera y quizás no sea el que les conviene; no saben el partido que pueden sacar de los libros. El papel del bibliotecario debe ser el de realizar la unión entre el libro y el lector. Es tarea delicada orientar a éste, darle el libro que necesita; puede hacerle con ello mucho bien y mucho mal. Debe tener en cuenta,

a ser posible, la psicología del lector, su medio social. No existen libros buenos en sí para todo el mundo y en todas las circunstancias; el libro que se considere como el mejor no debe, sin embargo, ser recomendado a todos, ni en cualquier momento; puede ocurrir que la mejor obra maestra literaria aparte para siempre a un lector de la buena literatura, si su lectura es recomendada a destiempo. Sería preciso encontrar el libro necesario para cada estado de ánimo. Las lecturas realizadas por la inmensa mayoría de los lectores, sin orden ni concierto, deben ser encauzadas por el bibliotecario; debe dosificarlas, como decíamos antes, pues, en caso contrario, el lector puede llegar a ser una víctima del libro. Por tanto, y aun cuando el deber del bibliotecario es salir al encuentro del lector necesitado de ello, para orientarle en la elección del libro que desee, puede ocurrir que ese bibliotecario, por tener que asumir muchas veces funciones puramente auxiliares o administrativas, no se dé cuenta de la vacilación del lector ante la elección de la obra que desea en aquel momento. El lector debe recurrir en este caso al bibliotecario, que muy gustoso abandonará esas otras tareas secundarias, para ejercer la más importante de su profesión. La biblioteca debe ser para el lector un centro de cordialidad a la par que cultural; el lector debe encontrarse en ella como en su propio hogar; hay que crear ambiente en la biblioteca; no debe haber barreras entre el lector y los libros, entre el lector y el bibliotecario.

Hablábamos antes de lo abrumadora que resulta la tarea de seleccionar libros adecuados para cada biblioteca. Limitándonos a las de tipo popular, lo es más todavía que en las universitarias, por ejemplo, en donde cada profesor escoge aquellos propios de su disciplina. En las bibliotecas públicas, si es el bibliotecario el único que atiende a la adquisición de los mismos, está expuesto a satisfacer preferentemente sus gustos y necesidades, y a considerar estos gustos y necesidades como si también lo fueran del público que frecuenta su biblioteca. Por ello, el bibliotecario debe hacer participar a los lectores capacitados en la elección de obras. De esta forma se da a los lectores la impresión de que toman parte en la vida de la biblioteca. Esta no debe ser un claustro; no debe encerrarse en sus cuatro paredes. Debe ser el centro de toda la vida social. Ha de llegar a ser el punto de unión de todas las actividades culturales. Si ello fuera posible, la biblioteca debería estar abierta de la mañana a la noche como los bares o los parques. Debería ser el lugar de reunión, una vez terminado el trabajo de cada uno. De este modo, la biblioteca pública cumpliría sobradamente su triple misión: enseñar, informar y distraer o deleitar.

En resumen: la lectura debe considerarse como un servicio público necesario del que todos deben aprovecharse. Hay que concebir la

lectura como un sistema de educación, de autoeducación, considerándolo así desde la escuela primaria, toda la vida, como una necesidad constante, como un régimen normal. «La lectura—dice San Basilio—es el alimento de las almas». Es un refinamiento del espíritu, añadimos nosotros, y siendo éste lo mejor del compuesto humano, debemos atender preferentemente sus necesidades. Para ello nada mejor que la buena lectura, nada mejor que el buen libro.

MARIA ASUNCION MARTINEZ BARA

